

1870

El Cordobazo significa para el movimiento obrero argentino, el surgimiento de una nueva dirección en el seno de las masas, que alejada de las direcciones burocráticas acuñadas por el peronismo, reivindican la independencia obrera con relación al estado burgués y la lucha frontal ante las patronales, liquidando el esquema de conciliación de clases sostenido por Perón, contraponiéndolo a la lucha de clases como determinante del proceso histórico.

Es así como lentamente aparecen delegados representativos, comisiones internas combativas, coordinadoras regionales dispuestas a la lucha y una vertiente clasista irrumpe en el movimiento obrero señalando el camino de independencia por el cual deben transitar los trabajadores.

Además, el otro aspecto importante que se inicia a partir del Cordobazo, son las nuevas formas de lucha que la clase se va dando. En realidad, el fenómeno de violencia revolucionaria de las masas que explota en las calles de Córdoba y se extiende por todo el país, adquiere un rol protagónico y es el que determinará la caída del gobierno de Onganía unos meses más tarde y es el que sienta las bases del proceso electoral que culminará tres años después con el advenimiento del peronismo al gobierno.

A los efectos de nuestro análisis sobre el problema de la violencia en la Argentina durante los últimos años, el aspecto que cobra una nueva dimensión a partir del movimiento del 29 de mayo de 1969, es cómo las masas adquieren conciencia de la necesidad de ser protagonistas del proceso violento que las clases dominantes imponían como proyecto político. Esa violencia espontánea en la mayoría de los casos, pero siempre acompañada por el accionar de las vanguardias revolucionarias, es la que lentamente y en el plano reivindicativo, económico y político, permitió la recuperación de las conquistas obreras que el llamado gobierno de la Revolución Argentina pretendió borrar de un plumazo.

Este nuevo fenómeno que se advierte en la sociedad argentina, es particularmente intenso entre los años 1970 y 1973, instantes en que comienzan a operar las organizaciones armadas ERP, Montoneros, FAR, FAL, FAP, cuyo eje táctico de lucha apuntaba a arrancar elecciones democráticas al gobierno militar. Esa violencia preconizada por las organizaciones revolucionarias argentinas, que hasta marzo de 1973 acompañan el accionar de las masas obreras y populares



y son las que, por otra parte, posibilitan la convocatoria electoral de marzo, comienza progresivamente, a partir de ese momento a degenerar en un proceso sustitutivo de la violencia obrera y popular en acciones armadas protagonizadas exclusivamente por las organizaciones de vanguardia y alejadas del sentimiento de las masas que comienzan a vivir una experiencia diferente -populista, signada de elemento fascistoides, etc.- pero que las tenía también como principal protagonista.

Mientras Montoneros decide centrar, a partir de mayo de 1973, su accionar en el copamiento de las estructuras políticas del gobierno, abandonando el trabajo efectivo que durante los años de la dictadura habían afianzado en los frentes barrial, obrero y estudiantil, el ERP lanza su ofensiva contra "el ejército de ocupación y las patronales imperialistas", desencadenando dos acciones armadas de envergadura como lo fueron Sanidad y Azul.

Las acciones del Ejército Revolucionario del Pueblo, significaron la ruptura de éste y del PRT con el gobierno peronista y apuntaban, según los materiales de la organización, "a desnudar el verdadero carácter de clase del gobierno que encabezaba Cámpora".

Lo concreto es que para el conjunto de las masas, estas acciones se interpretaron como provocaciones de la ultraizquierda y fueron una verdadera muestra de sustituismo obrero y popular por la acción militar de las vanguardias.

Con la caída de Cámpora primero, y más tarde con la muerte de Perón, los frentes de Montoneros que hasta ese momento aún eran legales, pasan progresivamente a incorporarse al frente militar, liquidando los cuadros que aún conservaban en el movimiento popular. Es entonces cuando anuncian la decisión de pasar a la clandestinidad y sumarse a la lucha activa, resultante lógica de una política errónea que nace en mayo de 1973, cuando creen haber alcanzado el gobierno a pesar de no manifestarlo públicamente de este modo. Esta política condujo también, a que miles de compañeros, cuyo trabajo estaba centrado en los frentes de masas, quedaran en una situación de desamparo total y sobre ellos comenzó a operar la represión sistemática y organizada del gobierno y las fuerzas militares.

Esta parte del proceso histórico argentino será material analizado en otro sector del presente trabajo. Del mismo modo, también abordaremos la caracterización del resto de las organizaciones revolucionarias argentinas y su política en la coyuntura a la que hacemos mención.



Decíamos que existe una diferencia esencial entre lo que caracterizamos como violencia revolucionaria de las masas y acciones militares protagonizadas por las organizaciones de vanguardia. Mientras el pueblo en su conjunto, apoyado y dirigido -política y militarmente- por las organizaciones revolucionarias es quien debe llevar el peso de la lucha y visualizar claramente a su enemigo de clase, el protagonismo de las masas, la lucha reivindicativa, política y violenta, es lo que permitirá la construcción de las herramientas para el cambio social.

En cambio, a partir de 1973, fueron pocas las acciones que ante el conjunto del pueblo tuvieron una repercusión favorable y ayudaron a afianzar el trabajo político en el movimiento obrero.

Cuando más se imponía estrechar filas en el movimiento obrero tras las direcciones clasistas y combativas para liquidar a la burocracia sindical mediante el peso propio de los trabajadores, se ejecutaba a conspicuos voceros de empresas multinacionales o en conflicto. Cuando más se imponía crear la autodefensa obrera, se ejecutaba a los directivos de las empresas en conflicto. Cuando más se imponía formar corrientes combativas que sirvieran para proteger a los compañeros, se ejecutaba a agentes de la represión. Todo ello devino en un progresivo retroceso en el ascenso de las luchas populares y en el secuestro y asesinato de los principales dirigentes obreros.

Esta visión autocrítica del accionar de las organizaciones revolucionarias desde 1973 hasta el golpe militar del 24 de marzo de 1976 no pretende -ni mucho menos- poner en duda el carácter estratégico para la toma del poder en la Argentina. LA UNICA VIA PARA LA TRANSFORMACION SOCIAL ES A PARTIR DE UN PROCESO DE GUERRA PROLONGADA EN EL CUAL SERA NECESARIO COMBINAR LOS DIFERENTES TIPOS DE ACCIONES ARMADAS, PERO SIEMPRE CON EL PROTAGONISMO DIRECTO DE LAS MISMAS EN LA LUCHA POR EL SOCIALISMO.

En este trabajo tratamos de ejercer a conciencia la autocrítica del proceso político vivido, que nos tuvo como protagonistas y que determinó el actual retroceso de la clase obrera argentina y la ofensiva desatada por las clases dominantes. Ahora bien, si el proceso descrito estuvo plagado de errores durante el gobierno peronista, a partir de la asunción del gobierno militar la situación adquiere rasgos mucho más dramáticos. De ese accionar armado de las organizaciones de van



guardia, que al menos tenían su correlato en el movimiento obrero a través de agrupaciones sindicales combativas y clasistas, a través de cuerpos de delegados, a través de su inserción en coordinadoras regionales, etc., se pasa al terrorismo político o a la acción individual despojada de todo tipo de trabajo en los frentes de masas.

Este accionar de las organizaciones revolucionares deviene (en particular en los casos de ERP y Montoneros), de una subestimación total del enemigo por una parte, como de una sobreestimación de nuestras propias fuerzas.

Donde además -en el casos de estas organizaciones- sistemáticamente primó el criterio de que "a peor mejor". Esto es, que cuando mayor es la presión al movimiento obrero, mayores son las posibilidades de ejercer un trabajo político-militar en las masas. Errónea caracterización que condujo, si no a la derrota, sí a un retroceso significativo para la clase obrera, así como la pérdida de importantes cuadros que habían logrado insertarse y tener predicamento entre los trabajadores.

En síntesis, diferenciamos dos categorías que podríamos resumir como:

- a) violencia revolucionaria de las masas
- b) acciones militares de las organizaciones de vanguardia (que desde la asunción de Videla adquiere rasgos abiertamente terroristas).

Estos elementos que en un determinado momento del proceso histórico de un país pueden y deben combinarse, no encontraron en la Argentina los tiempos propicios para su concreción. Los casos de Vietnam, Angola, Cuba, las luchas del pueblo palestino, etc., son exponentes claros de cómo combinar todos los diferentes métodos de lucha armada en una determinada coyuntura.

Cuando un proceso político es claramente identificable para las masas, ya sea porque el enemigo es externo, porque existe invasión de territorio, porque la dictadura que los gobierna ha sufrido un proceso de descomposición que el propio mundo exterior le ha retirado su apoyo, todos los métodos son válidos para golpear las filas del enemigo. Este proceso, inclusive, es mucho más evidente en las luchas de liberación de un pueblo. En cambio, cuando se trata de centrar la lucha contra la burguesía, pero aún se conserva cierto margen para el trabajo político y gremial, es cuando la instrumentación táctica de la estrategia revolucionaria requiere de mayores dosis de elaboración e imaginación. Es cierto



que el espacio político fue cerrándose en la Argentina a partir del ostracismo al que fue sometido Cámpora. No obstante, la lucha política desde los diferentes frentes de masas pareció quedar relegada a un segundo plano ante la "necesidad de dar respuestas en el plano militar".

La situación en la Argentina, por lo tanto, era diferente a los casos señalados de Angola, Vietnam, Cuba, etc. Cuando más se imponía la acción política, porque así lo demostraba la propia dinámica de la lucha de clases, las acciones armadas primaron por sobre ninguna otra cosa.

En este terreno, si bien todas las organizaciones revolucionarias argentinas señalaron siempre que las tareas militares se insertaban dentro de la concepción política de la violencia revolucionaria de las masas, la práctica demostró que se trataba simplemente de una correcta formulación teórica. En efecto, los crecientes requerimientos en infraestructura operacional, la necesidad de armamento, dinero, casas, autos, etc., determinaban un creciente accionar armado para satisfacer esas exigencias. Inclusive -y éste fue tal vez el principal de los errores cometidos- es que la acción militar supeditó el trabajo político de las organizaciones. Fue así como cientos de compañeros representativos y con una labor importante desarrollada en el seno de las masas, fueron destinados gradualmente a los frentes militares planteando de hecho la división entre ambas actividades. Lógicamente, la lucha clandestina determinaba que esos mismos compañeros debieran permanecer en la clandestinidad sin volver a integrarse al trabajo político por el desfasaje que finalmente se produjo entre las dos tareas.

EL PAPEL DE LOS EJERCITOS REVOLUCIONARIOS SE IMPUSO FINALMENTE A LA NECESIDAD DE DAR RESPUESTAS EN EL TERRENO POLITICO Y LAS RESPUESTAS AL ENEMIGO SE DABAN SIEMPRE EN EL PLANO MILITAR.

Esta política de girar cuadros capacitados a la acción directa, tampoco es criticada en este trabajo estratégicamente. Es más, en determinada coyuntura histórica puede ser correcto y hasta necesario que muchos compañeros tomen ciertos puestos de lucha en frentes en los cuales nunca antes habían estado. Se trata, en este caso, de una incorrecta caracterización de la Argentina de esos años.

Por último, merece un párrafo especial el concepto de autodefensa que la propia clase obrera argentina comienza a reivindicar desde mediados de 1974. Este punto será analizado en otra parte del presente trabajo. De todos modos, queremos



puntualizar que frente al avance de las patronales, la burocracia sindical y la ingerencia del Estado en la vida del movimiento obrero, el movimiento popular toma conciencia de la necesidad de garantizar sus conquistas mediante sus propias fuerzas. Es la propia clase, sus dirigentes, las organizaciones revolucionarias, las agrupaciones clasistas, etc., los que deben protagonizar este proceso de supervivencia y de defensa de sus conquistas. Esta experiencia del movimiento obrero, adoptada en muchos países, donde la ofensiva de la reacción era cada vez más intensa, fue la herramienta que creó el movimiento popular argentino y que permitió la participación de todos los sectores populares. Claro que el concepto de autodefensa, y la autodefensa misma no bastaron para frenar el avance de la burguesía que, a través de sus propios instrumentos o mecanismos represivos, creó las condiciones para desarticular el ascenso de las luchas populares. El secuestro, los asesinatos, etc., fueron la respuesta al proceso anterior.